

compaginaba con la primera, apagué la luz y me acosté.

No fué, sin embargo, aquella mi postrera impresión. A pesar de hallarme rendido de cansancio no pude conciliar el sueño, y pasé horas y horas dando vueltas en la cama, pensando siempre en la triste muerte de sir Charles.

El único ruido que turbaba el silencio de la noche era el del reloj al sonar las horas. De repente llegó á mis oídos un rumor que me causó no poca sorpresa: fué el sollozo ahogado de una mujer, un hondo suspiro en el que hubiera podido traslucirse un dolor inmenso.

Me incorporé en la cama y me puse á escuchar atentamente. El sollozo no partía de muy lejos; era dentro de la casa indudablemente.

Esperé media hora con la ansiedad que es de suponer, y nada volvió á turbar el silencio de la noche. No se oía otro ruido que el del reloj y el roce de la hiedra contra la pared.

## VII

El día siguiente amaneció con un tiempo magnífico, lo que contribuyó en gran parte á que desapareciera de nuestra imaginación la siniestra y triste impresión recibida por nosotros al llegar al castillo de Baskerville. Mientras sir Henry y yo tomábamos el desayuno, el sol penetraba á torrentes por los pintados cristales de las ventanas, llenando el comedor de rayos de luz. Los oscuros entrepaños de las paredes brillaban como hebras de oro. Parecía increíble que aquella fuese la misma habitación de la noche de antes, aquella que tan mal impresionados nos dejó.

—Tal vez nosotros tuvimos tanta culpa de la tristeza como la casa—dijo sir Henry. Estábamos cansados y entumecidos con el frío, así que todo nos pareció mal. Ahora que ya estamos descansados, nos parece todo más alegre.

—No fué sólo eso—contesté.—¿Sintió usted, por ventura, durante la noche un rumor como el queji-do ó el sollozo de una mujer?

—Ahora que me lo recuerda usted, creo que sí le oí. Estuve escuchando un rato grande; pero viendo

que no se repetía el rumor, me volví á dormir creyendo que había sido un sueño.

—Pues yo estoy seguro de que no fué sueño. Fué una mujer que lloraba.

—Hemos de saberlo ahora mismo.

Tocó el timbre, y cuando se presentó Barrymore le preguntó si podía explicar lo ocurrido. Parecióme que el criado, al escuchar la pregunta de su amo, palideció extraordinariamente.

—Sólo hay dos mujeres en casa, señor—respondió.—Una es la cocinera, que tiene su habitación en el otro lado del castillo, y la otra mi esposa. Puedo asegurar que no fué ella la que lloraba, y creo que tampoco haya sido la otra.

Peró el hombre mentía.

Poco después, al salir del comedor, me encontré cara á cara con la mujer de Barrymore. Bajaba por la escalera y los rayos del sol daban de lleno en su semblante. Era alta, gruesa, de facciones duras y mirada severa. Tenía los ojos rojos é hinchadísimos de tanto llorar. Ya no cabía duda de que ella era la que había llorado durante la noche. ¿Por qué lo había negado su marido? ¿Por qué razón trataba de ocultar la pena de su mujer? Esto bastaba para que fuera formándose en derredor de aquel matrimonio una atmósfera repulsiva y llena de sospechas. Barrymore fué quien encontró el cadáver de sir Charles, y no había más explicación que la que él quiso dar acerca de los sucesos ocurridos antes de la muerte. ¿Sería, después de todo, el individuo á quien vimos

en Londres en el coche? La barba, por lo pronto, era idéntica. Bien es verdad que el cochero había dicho que el viajero era bajo y delgado, pero podía haberse equivocado. ¿Cómo podría yo saberlo fijamente? Se me ocurrió que lo primero que debía hacer era visitar al administrador de correos para averiguar si efectivamente el telegrama de Holmes había sido entregado en propias manos. Cualquiera que fuese la contestación, siempre tendría algo que contar á Sherlock Holmes.

Terminado el desayuno, sir Henry se puso á examinar una infinidad de papeles que le presentó Barrymore; así que el momento no podía ser más oportuno para la excursión.

Un paseo de poco más de una legua á orillas del páramo me condujo al fin á una aldea en la que se destacaban dos casas de moderna construcción. Una era la del doctor Mortimer y la otra la única fonda que había en Grimpen.

El administrador de correos, que era al mismo tiempo el tendero de ultramarinos de la aldea, me recibió con la mayor amabilidad y dijo que se acordaba perfectamente del telegrama.

—Sí, señor—contestóme;—envié el despacho á Mr. Barrymore en cuanto llegó.

—¿Quién fué á llevarlo?

—Mi hijo. Jaime—añadió,—¿entregaste el telegrama á Mr. Barrymore, no es verdad?

—Sí.

—¿Se lo diste á él mismo?

—Cuando yo llegué, Mr. Barrymore estaba en la huerta. Se lo entregué á su mujer diciendo que era urgente, y ella me prometió entregárselo en seguida.

—¿Vió usted á Barrymore?—pregunté.

—No; estaba, como dije, en la huerta.

—Pero si no lo vió, ¿cómo sabe usted que estaba en la huerta?

—Su mujer lo dijo y ella debía saber dónde estaba—contestó el hombre dando señales de impaciencia.—¿No recibió el telegrama? Creo que si hubiese habido alguna equivocación, Barrymore se hubiera quejado.

Comprendí que era inútil insistir, pero al mismo tiempo quedé convencido de que, á pesar de la treta de Holmes, no existía ninguna prueba de que Barrymore no había estado en Londres. Mas suponiendo que hubiese estado, suponiendo que Barrymore había sido el último que habló con sir Charles en vida de éste y el primero en perseguir al nuevo heredero, ¿qué se podía deducir? ¿Era agente de otros ó era que tenía alguna siniestra intención propia y exclusivamente suya? ¿Qué interés podía tener en perseguir á la familia Baskerville? Pensé en el extraño aviso recortado de *The Times*. ¿Sería también obra suya ó lo había enviado alguien que tenía empeño en desbaratar sus planes? No pude concebir otra explicación de su extraña conducta sino la que había indicado sir Henry, es decir, que mientras ningún individuo de la familia ocupara el castillo

Baskerville, los Barrymore tendrían asegurado el hogar, una casa cómoda, una buena renta y un vivir desahogado.

No obstante, estas razones me parecían muy triviales para explicar la misteriosa red de intrigas y astucias en que se hallaba envuelto el joven sir Henry. El mismo Holmes había declarado que era un caso de los más difíciles en que había entendido.

Aquella mañana, durante mi paseo, hice ardientes votos porque Holmes se viera pronto libre de sus ocupaciones en Londres, para que pudiera venir á librarme de la enorme responsabilidad que había echado sobre mis hombros. De pronto vino á distraerme de mis meditaciones el ruido de las pisadas de alguien que parecía perseguirme y una voz que pronunciaba mi nombre. Me volví creyendo ver al doctor Mortimer, pero con asombro me encontré con que el que me llamaba me era completamente desconocido.

Un individuo de baja estatura, muy delgado, rubio y de facciones sin expresión, venía corriendo hacia mí. Representaba de treinta á cuarenta años de edad, y vestía traje gris con sombrero de paja. De su hombro pendía una caja de latón para llevar objetos de botánica y en la mano llevaba una red verde de coger mariposas.

—Dispense usted mi atrevimiento, doctor Watson—dijo al llegar agitado y sudoroso á mi lado;—pero aquí en el páramo no esperamos á las presentaciones formales. Tal vez haya usted oído hablar

de mí á nuestro común amigo el doctor Mortimer. Soy Stapleton, de Merripit House.

—La red y la caja que lleva usted me lo había indicado ya—contesté,—porque sabía que Mr. Stapleton es naturalista. Pero ¿cómo supo usted quién era yo?

—Vengo de visitar al doctor Mortimer—dijo,—y cuando pasó usted por delante de la casa me manifestó quién era. Como tengo que llevar la misma dirección para encaminarme á mi casa, se me ocurrió seguirle y presentarme yo solo. ¿Y sir Henry, cómo se encuentra?

—Está muy bien—respondí secamente.

—Temíamos todos que se negara á vivir aquí el nuevo heredero, principalmente recordando la trágica muerte de sir Charles. Es mucho exigir que un hombre de fortuna venga á enterrarse en un sitio tan lúgubre y tristón como éste. Excuso decir que su presencia aquí es de suma importancia para el pueblo, cuyos habitantes dependen en gran parte del castillo. Supongo que sir Henry no tendrá nada de supersticioso.

—Se me figura que no.

—Por supuesto, conocerá usted la leyenda del perro que dicen persigue á la familia Baskerville.

—La he oído referir.

—Es de extrañar—continuó—la superstición que existe aquí entre las gentes del pueblo. Hay varias personas que aseguran haber visto en el páramo un animal muy semejante al de la leyenda.

Stapleton hablaba con indiferencia, pero creí leer en su mirada que estaba impresionado.

—La leyenda causó mucha impresión á sir Charles—prosiguió diciendo—y no dudo que, al cabo, fué la causa de su trágico fin.

—¿Pero cómo? ¿De qué manera?

—Tenía los nervios en tan mal estado, que la vista de cualquier perro, siendo grande, era suficiente para afligir su corazón, ya afectado bastante. Hacía tiempo que yo temía un desastre como el que ocurrió. Creo firmemente que vió alguna cosa aquella noche en la avenida. ¡Pobre sir Charles! Era muy noble y generoso. No puede usted imaginarse cuánto le queríamos.

—¿Cómo sabía usted que tenía dañado el corazón?

—Me lo dijo Mortimer.

—¿De modo que usted cree que algún perro persiguió á sir Charles y que murió de miedo únicamente?

—¿Puede usted explicar su muerte de otra manera?

—No he tratado de explicármela.

—¿Y qué opina Sherlock Holmes?

Tan sorprendido me dejó esta pregunta, que por un momento no acerté á responder; pero dirigiendo una mirada furtiva á Stapleton comprendí, por la impasibilidad de su rostro, que no había pensado sorprenderme.

—Sería inútil fingir—añadió—que no sabemos quién es usted, doctor Watson. La fama de su de-

*detective* ha llegado hasta este rincón, así que no puede usted pasar inadvertido. Cuando Mortimer me dijo su nombre no pudo negar la personalidad de usted, y puesto que ha venido es indudable que Sherlock Holmes ha tomado cartas en el asunto. No extrañe usted, pues, que tenga curiosidad por saber lo que opina.

—Pues siento manifestarle que no puedo contestar á su pregunta.

—¿Y tampoco se puede saber si piensa hacernos una visita?

—Por ahora le es imposible salir de Londres; tiene otras cosas á qué atender.

—¡Qué lástima! Tal vez él pondría en claro lo que para nosotros es un misterio inexplicable. En cuanto á las indagaciones de usted, si en algo puedo servirle, espero que me mande con entera franqueza. Si yo supiera hacia qué lado se encaminan sus sospechas ó cómo se propone investigar el asunto, es posible que pudiera ofrecerle algún indicio ó consejo.

—Le aseguro á usted que no he venido á otra cosa que á visitar á mi amigo sir Henry y que no necesito ayuda de ningún género.

—¡Excelente contestación! Hace usted perfectamente en ser prudente y discreto. Por lo que ahora comprendo, he sido castigado y con justicia, lo reconozco. Fué una indiscreción, y prometo no volver á hablar del asunto.

Á todo esto habíamos llegado á un sitio donde na-

cia un sendero estrecho tapizado de césped, el cual, partiendo desde la carretera, atravesaba el páramo. Á la derecha elevábase una empinada cuesta de guijarros que en otros tiempos debía de haber sido una cantera de granito y cuyo frente estaba formado por un oscuro peñascón, en cuyos huecos florecían los helechos y los arbustos. Por detrás se destacaba una negra columna de humo que ondulaba en el aire.

—Este sendero conduce á Merripit House—dijo Stapleton;—hay un paseito regular desde aquí. Si no tiene usted prisa, le invito á que me honre viniendo conmigo y tendré el gusto de presentarle á mi hermana.

Mi primer pensamiento fué que debería estar al lado de sir Henry, pero luego recordé la multitud de papeles y de facturas que tenía que examinar con el criado y yo no podía ayudarle. Además, Holmes me había encargado con encarecimiento que procurase estudiar á los vecinos del páramo. Resolví, pues, aceptar la invitación de Stapleton y echamos juntos por el sendero.

—Es un sitio maravilloso este páramo—dijo contemplando las ondulantes llanuras con sus pendientes y declives de granito—cuyas escarpadas crestas formaban fantásticas ondas; nunca se cansa uno de admirarlo. No puede usted figurarse los muchos secretos que encierra. ¡Es tan vasto, tan estéril y tan misterioso!

—¿Lo conoce usted muy á fondo?

—Hace sólo dos años que vivo aquí. Los naturales me llaman recién venido. Mi hermana y yo llegamos poco después de haberse establecido sir Charles en el castillo. Pero mis estrambóticos gustos me han llevado á explorarlo todo, así que creo habrá pocos hombres que lo conozcan mejor que yo.

—¿Tan difícil es de conocer?

—Difícilísimo. Fíjese usted, por ejemplo, en esta llanura que se extiende hacia el Norte, con estas fantásticas cuestecitas. ¿Nota usted algo de particular?

—Que es un sitio excelente para un buen galope.

—Así parece. Y, sin embargo, á más de cuatro les ha costado la vida esa creencia. ¿Ve usted aquellos puntitos verdes que abundan allí? Es el famoso charco de Grimpen.

—Aquel sitio parece más fértil que el resto del páramo.

Stapleton lanzó una carcajada.

—Aquello—dijo—es el famoso charco de Grimpen. Un paso mal dado allí es la muerte, lo mismo para el hombre que para los animales. Ayer mismo ví sumergirse en él á un potro de los que vagan por aquí. Un buen rato luchó en el charco con la cabeza fuera, pero por fin desapareció. Aun en las estaciones secas es peligrosísimo atravesarlo, y después de las lluvias del otoño es un sitio horrible, espantoso. Sin embargo, yo puedo ir hasta el mismo centro sin temor de perderme y volver con vida. ¿Ve usted? Allá va otro desgraciado potro como el de ayer.

Efectivamente, un objeto de color obscuro se revolcaba entre las espadañas verdes. De pronto apareció un cuello largo retorciéndose en horribles convulsiones y un aullido espantoso resonó en el páramo. El aullido me dejó helado de terror, mientras mi compañero de viaje permanecía impasible. Era, sin duda, menos impresionable que yo.

—Ya se fué—exclamó fríamente;—ya se lo tragó el charco. Dos en dos días, y tal vez más. Parece que tienen por costumbre ir allá cuando hace buen tiempo y no ven el peligro hasta que perecen en él. Es mal sitio el charco de Grimpen.

—¿Y dice usted que sabe penetrar en él?

—Sí; á pesar de todo, hay algunos caminos por los que puede pasar un hombre siendo ágil, y esos caminos los he descubierto yo.

—¿Y para qué se mete usted en un sitio tan peligroso?

—En aquellas elevaciones que se ven al otro lado se encuentran las más raras plantas y mariposas. Por eso traté de llegar hasta ellas y lo conseguí. En realidad, son islas separadas del resto del páramo por el impenetrable charco, que, con el transcurso de los años, las ha rodeado poco á poco.

—Algún día llegaré yo también hasta allí.

—¡Por Dios, no lo intente usted!—dijo dirigiéndome una mirada de asombro.—Yo sería el culpable de su muerte. Le aseguro que sería imposible que volviese usted con vida. Si yo lo he conseguido fué por haberlo estudiado muy detenidamente y

porque me he fijado mucho en ciertos hilos que conducen al centro.

—¿Qué es eso? exclamé de pronto.

Acababa de dejarse oír en el páramo un quejido prolongado y muy triste. Llenaba todo el espacio, y, sin embargo, era imposible decir de dónde partía. Habiendo empezado con un sordo murmullo, fué creciendo y creciendo hasta convertirse en un profundo aullido lleno de melancolía.

Stapleton me lanzó una mirada investigadora.

—Verdaderamente—dijo—es el páramo un sitio horrible.

—¿Pero qué ruido es ese?—pregunté.

—Los supersticiosos creen que es el dogo de la leyenda de Baskerville pidiendo la entrega de su víctima. Lo he oído varias veces, aunque nunca tan fuerte como ahora.

Dirigí una mirada en derredor, contemplando aquel vasto desierto, donde todo parecía respirar horror y tristeza. En toda la inmensa llanura no se veía más sér viviente que dos cuervos graznando sobre una elevación á nuestras espaldas. Al cabo de un instante añadí:

—Usted es hombre de educación y me parece imposible que dé crédito á semejante tontería. Dígame francamente cuál es, en su opinión, la causa de ese ruido.

—No lo sé—replicó.—A veces los charcos producen ruidos muy extraños. Bien pudiera ser el movimiento del lodo ó la agitación del agua.

—No, no; eso ha sido una voz, la voz de algún sér viviente.

—Acaso. ¿Ha oído usted alguna vez el grito de un alcaraván?

—Nunca.

—Es ave muy rara, casi extinguida ya en Europa, por más que en el páramo todo es posible. Sí, decididamente, creo que lo que hemos oído fué el chillido del último alcaraván.

—Fué el ruido más lúgubre y más extraño que he oído en mi vida.

—Bien mirado, el páramo por sí sólo es excesivamente tristón. Fíjese usted en el flanco de aquella cuesta. ¿Cree usted que son aquellos huecos que se ven allí?

La cuesta indicada por Stapleton se hallaba cuajada de arcos de piedra de color gris.

—¿Que son corrales de carneros?

—No, las viviendas de nuestros dignos antepasados. Parece que el hombre prehistórico habitaba el páramo en gran número, y como nadie, ó casi nadie, ha vivido aquí desde aquellos remotos tiempos, encontramos sus casas tal y como las dejó. Aquellas son viviendas, aunque han ido quedándose sin techos. Aún se ve la cama y la cocina, si se tiene la curiosidad de penetrar dentro.

—El conjunto parece una ciudad. ¿En qué época fué habitada?

—Se ignora, pero se supone que fué en tiempos remotísimos.

—¿En qué se ocupaban?

—Sus ganados pastaban en aquellos flancos, y cuando el asador de hierro comenzó á reemplazar al hacha de piedra, aprendieron á cavar en busca de hoja de lata. Vea usted aquel amplio foso en el otro lado. Esa es una de sus huellas. Sí, indudablemente hay cosas muy extrañas en el páramo. ¡Ah! dispense usted un instante. Veo un *cyclopides*.

Una mosca ó mariposa pequeñísima acababa de pasar por delante de nosotros. Un momento después Stapleton, con extraordinaria actividad, la perseguía de mata en mata saltando y brincando sin detenerse, á pesar de que el insecto volaba en dirección del charco de Grimpen. Su marcha rápida en *zig-zag*, el traje gris y la red verde que ondulaba en el aire le hacía parecer algo así como una mariposa enorme persiguiendo á su presa. Lleno de asombro y de temor, creyendo que pudiera dar un mal paso en aquel charco fatídico, contemplaba yo su carrera, cuando de pronto sentí pasos cerca de mí y volviendo la cabeza me encontré cara á cara con una mujer. Había venido desde el sitio en que la columna de humo indicaba la situación de Merripit House, pero una revuelta del páramo había impedido que la viese hasta que estuvo junto á mí.

Me pareció que sería la miss Stapleton de quien había oído hablar. Primero, porque no era de suponer que hubiese muchas damas en aquel solitario y lúgubre desierto, y después, porque recordé que aquella señorita, según me habían dicho, era muy

linda. Y lo era, en efecto, la joven que se acercó á mí.

Imposible mayor contraste entre hermanos. Stapleton era rubio, de ojos azules y mirada sin expresión; mientras que ella era morena, esbelta y de porte distinguido. De continente altivo, sus facciones eran tan regulares que casi hubiera podido decirse que el semblante llevaba impreso el sello de la impasibilidad, á no ser por lo expresivo de la boca y la hermosura de sus ojos, negros y relucientes. Su perfecta figura y su elegante vestido formaban un extraño cuadro encerrado en el lúgubre páramo.

Cuando volví la cabeza tenía ella la vista clavada en su hermano. Un momento después se acercó á mí apresuradamente. Con sombrero en mano me disponía á hacer alguna observación, cuando sus palabras me dejaron tan asombrado que no acerté á decir cosa alguna.

—¡Vuélvase!—exclamó con vehemencia; ¡vuélvase á Londres inmediatamente!

Quedé contemplándola profundamente sorprendido.

Sus hermosos ojos negros parecían lanzar chispas, mientras con un gesto de impaciencia golpeaba el suelo con el pie.

—¿Por qué he de volverme?—pregunté.

—No puedo explicarme—contestó con voz agitada,—pero por Dios le ruego que regrese á Londres y no vuelva á poner jamás los pies en el páramo. Por su bien se lo digo y con la mayor sinceridad. Vuél-



vase usted á Londres esta misma noche si puede ser. Cueste lo que cueste, aléjese de aquí para siempre. ¡Ah! mi hermano viene. ¿Quiere usted cogermesa orquídea? Es lástima que esté tan avanzada la estación, pues de otra suerte hubiera podido admirar todas las bellezas de este punto.

Stapleton, después de desistir de su empeño, volvía agitado hacia nosotros.

—¡Hola, Beryl!—exclamó.

Y me pareció notar que en el tono de su voz había algo de extraño.

—¡Qué acalorado estás!—respondió su hermana.

—Sí, perseguía á un *cycloptides*. Era de una raza que muy pocas veces se ve por aquí. ¡Lástima que se me haya escapado!

Habló en tono de indiferencia, pero noté que sus claros ojos miraban á su hermana y á mí.

—Veo que no han esperado ustedes una presentación formal—dijo.

—No, nos hemos identificado mutuamente—respondió la joven. Yo le decía á sir Henry que la estación está algo avanzada para que pueda admirar las bellezas del páramo.

—¿Pues quién te parece que es este caballero?

—Supongo que será sir Henry Baskerville.

—Se ha equivocado usted, miss Stapleton—interrumpí.—Soy un simple plebeyo amigo de sir Henry, y mi nombre es Watson.

Una nube de disgusto apareció en su expresivo semblante.

—En ese caso retiro mis palabras. Creí que hablaba con sir Henry.

—Poco habrás podido decir en tan poco tiempo—exclamó su hermano, siempre con la misma mirada investigadora.

—Hablé como si el doctor Watson residiera aquí, en vez de ser sólo un excursionista. Poco puede importarle que la estación esté ó no esté avanzada. ¿Pero vendrá usted á ver la casa Merripit?

Pocos minutos después llegamos á una casita de aspecto sombrío y melancólico; la antigua vivienda, sin duda, de algún ganadero de buena posición, convertida ahora en un edificio moderno. Rodeábala un extenso huerto y jardín; pero así como sucedía con toda la vegetación del páramo, los árboles eran achaparrados y estaban medio marchitos. En conjunto, todo parecía respirar soledad y tristeza.

Nos abrió la puerta un criado anciano y bastante mal trajeado.

El interior de la casa se diferenciaba mucho del exterior. Las habitaciones, que eran espaciosísimas, estaban amuebladas con una elegancia en la que creí reconocer el exquisito gusto de miss Stapleton. Contemplando desde el balcón aquel triste é interminable desierto, que parecía extenderse hasta el horizonte, no pude menos de extrañarme de que un hombre de esmerada educación, como era el naturalista, y una mujer tan hermosa, como su hermana, hubiesen elegido tan extraño sitio para vivir.

—Es un capricho estrambótico ¿verdad? el haber

elegido este sitio para punto de residencia—dijo Stapleton como si leyera en mi pensamiento. Sin embargo, lo pasamos bien. ¿No es cierto, Beryl?

—Perfectamente—contestó ella.

Pero me pareció que no hablaba con sinceridad.

—Antes de venir aquí tuve establecido un colegio en el Norte de Inglaterra—prosiguió diciendo Stapleton.—Para un hombre de mi temperamento el oficio es puramente mecánico y no ofrece interés, aunque lo de vivir entre gente joven y modelar sus ideas según las mías, me era muy grato, pero la suerte me contrarió. Una grave epidemia se desarrolló en el colegio y murieron tres muchachos. No conseguí rehacerme de aquel rudo golpe y perdí mucho dinero. Aquí, con mi afición á la botánica y la zoología, encuentro ancho campo para trabajar y comoplazco además á mi hermana, que es tan aficionada como yo á los encantos de la Naturaleza. Esta larga explicación, doctor—añadió,—obedece al gesto de extrañeza que me pareció notar en usted cuando desde el balcón contempló el páramo.

—Verdad es que cruzó por mi imaginación la idea de que este sitio debe ser muy triste, no tanto para usted como para su hermana.

—Yo no me aburro nunca—dijo ella vivamente.

—Tenemos bastantes libros y somos muy aficionados á la lectura. Además, nuestra vecindad es buena. El doctor Mortimer es persona inteligente y muy simpática. Sir Charles también fué un excelente amigo. Como le tratábamos mucho, no puede us-

ted figurarse cuánto notamos su falta. ¿Cree que sir Henry se molestaría si pasase á visitarle esta tarde?

—Al contrario. Estoy seguro de que le recibiría á usted con sumo gusto.

—En ese caso, agradecería le indicase usted que pienso ir á verle. ¡Quién sabe si, con toda nuestra modestia, pudiéramos hacer algo para que las cosas le parezcan menos tristes hasta que se acostumbre á vivir aquí! ¿Quiere usted subir conmigo á ver mi colección de lepidópteros? Creo que es una de las más completas que se pueden encontrar en esta parte de Inglaterra. Almorzará usted con nosotros, por supuesto.

Pero yo estaba deseando volver al lado de sir Henry. La melancolía del páramo, la muerte del infeliz potro, el horrible grito que se había asociado á la leyenda de la familia Baskerville... todo contribuía á entristecer mis pensamientos. Y para colmo del estado de mi ánimo, la advertencia harto expresiva de miss Stapleton, hecha con tanta vehemencia y sinceridad, que no pude dudar que encerraba un motivo muy grave.

Agradecí la invitación, pero la rehusé, y poco después emprendí el camino hacia el castillo de Baskerville, tomando el mismo sendero por donde habíamos venido.

Mas sin duda había algún atajo para llegar al camino real, pues antes de salir del sendero quedé asombrado al ver á miss Stapleton sentada en una roca al borde del camino. Estaba acalorada con los

esfuerzos que había hecho para llegar antes que yo y tenía la mano puesta sobre el corazón.

—He venido corriendo para alcanzar á usted, doctor—dijo la joven.—Ni tuve tiempo para ponerme el sombrero. No puedo detenerme, porque mi hermano puede notar mi falta. Sólo vine para decir á usted cuánto siento el error que padecí al creer que era usted sir Henry Baskerville y á rogarle que olvide mis palabras, las cuales para nada ni en nada se relacionaban con usted.

—Pero me es imposible olvidarlas—respondí.—Tengo el honor de ser amigo de sir Henry y su bienestar me interesa tanto como el mio propio. Dígame usted por qué deseaba tan vivamente que sir Henry regresara á Londres.

—Un capricho de mujer, una tontería nada más. Cuando me conozca usted mejor verá que mis palabras no siempre tienen motivo ni explicación.

—No, no, dispense usted, pero no creo que sea eso. Recuerdo perfectamente el tono de su voz. Retengo la mirada de sus ojos. Le ruego sea usted franca conmigo, miss Stapleton. Desde el primer momento me veo rodeado de sombras misteriosas. La vida ha venido á ser para mí algo semejante al gran charco de Grimpen, cubierto de salientes verdosos, en los cuales puede uno quedar sumergido si no tener un guía para que le indique el camino que debe seguir. Dígame usted, pues, lo que significaban sus palabras, que yo le prometo transmitir su consejo á sir Henry.

Pareció vacilar por un momento, pero pronto se tranquilizó.

—Concede usted demasiada importancia á lo ocurrido—dijo.—Tanto mi hermano como yo nos impresionamos mucho con la muerte de sir Charles. Le tratábamos con intimidación, pues no pasaba ni un solo día sin que viniera á vernos. Él, por su parte, estaba muy impresionado con la leyenda que dicen existe en la familia, y cuando ocurrió la tristísima tragedia llegué á temer que existiera, efectivamente, algún fundamento para los temores que con tanta frecuencia expresaba. De modo que fué un disgusto para mí el saber que otro individuo de la familia venía á vivir aquí y creí que era un deber advertirle el peligro que le esperaba. Eso es todo.

—¿Y qué peligro es ese?

—Habrá usted oído la leyenda del dogo.

—Yo no creo en semejantes tonterías.

—Pues yo no puedo menos de darle crédito. Si tiene usted alguna influencia con sir Henry, haga que se aleje de un sitio que ha sido siempre fatal para su familia. El mundo es grande. ¿Por qué ha de vivir en el único punto que para él ofrece tantos peligros?

—Precisamente por eso mismo, porque es un sitio peligroso. Así es el carácter de sir Henry. Creo, miss Stapleton, que mientras no pueda usted decirme alguna cosa más concreta que todo eso, me será imposible convencer á sir Henry para que se vaya de aquí.

—Nada más puedo decir á usted, por que no sé más.

—Permítame usted una pregunta, la última. Si sus palabras no tenían más importancia que la que ahora les concede, ¿por qué temía que las oyera su hermano? En ellas no hay nada que pudiera disgustar á él ni á usted.

—Es que mi hermano tiene grandes deseos de que en el castillo haya habitante, porque está convencido de que de ello depende el bienestar de los pobres labradores del páramo. Por eso se incomodaría mucho si supiera que yo había dicho algo que pudiera ocasionar la marcha de sir Henry. Pero ya he cumplido con mi deber y no añadiré ni una palabra más. Me marcho inmediatamente, no sea que mi hermano me eche de menos y sospeche que he hablado con usted. ¡Adiós!

Dió media vuelta, y pocos minutos después había desaparecido entre los peñascones, mientras yo, atormentada el alma de vagos temores, proseguí el camino hacia el castillo de Baskerville.

VIII

De aquí en adelante seguiré el curso de los acontecimientos transmitiendo mis propias cartas, que tengo delante, dirigidas á Sherlock Holmes. Una sola página me falta. Por lo demás, están tal como las escribí y demuestran mis sentimientos y sospechas del momento con más exactitud que lo pudiera hacer la memoria, por muy presentes que tenga tan funestos sucesos.

«Castillo de Baskerville y Octubre 13.

«Mi querido Holmes: Mis anteriores cartas y telegramas le habrán puesto al corriente de todo cuanto ha ocurrido en este apartado rincón del mundo, olvidado y abandonado de la mano de la Providencia. Cuanto más tiempo se reside aquí, más penetra en el alma el aspecto del páramo, más impresiona su inmensidad, sus lúgubres encantos. Una vez que se halla uno fuera de su centro queda muy atrás toda señal, todo vestigio del mundo moderno, mientras que, por otra parte, se ve en todos lados las obras y las viviendas del pueblo prehistórico.

«A medida que se avanza por el páramo, las casas, las tumbas y los enormes monolitos, que se supone son restos de sus templos, le cercan á uno por